

- *Domingo 19 del Tiempo Ordinario, Ciclo A (2011). 7 de Agosto de 2011. Dios se hace presente no a través del fuego, del huracán, del temblor de tierra, sino del susurro de una brisa suave. La voz serena de Cristo y su mano tendida a Pedro, sustituyen el aullido del viento y dan seguridad y esperanza. La fe de Pedro. Las aguas - el mar – en la Escritura. Metidos en las limitaciones de la vida, debemos dirigir la mirada a Cristo.*

❖ Cfr. Domingo 19 del tiempo ordinario, Año A 7 agosto 2011

¿CÓMO DA ACONOCER DIOS SU ROSTRO?

Mateo 14, 22-33: 22 **Inmediatamente obligó a los discípulos a subir a la barca y a ir por delante de él a la otra orilla**, mientras él despedía a la gente. 23 Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar; al atardecer estaba solo allí. 24 La barca se hallaba ya distante de la tierra muchos estadios, **zarandeada por las olas, pues el viento era contrario**. 25 **Y a la cuarta vigilia de la noche vino él hacia ellos**, caminando sobre el mar. 26 Los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron y decían: «Es un fantasma», y de miedo se pusieron a gritar. 27 Pero al instante les habló Jesús diciendo: «**¡Animo!, que soy yo; no temáis!**» 28 Pedro le respondió: «**Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas.**» 29 «**¡Ven!**», le dijo. Bajó Pedro de la barca y se puso a caminar sobre las aguas, yendo hacia Jesús. 30 Pero, viendo la violencia del viento, le entró miedo y, como comenzara a hundirse, gritó: «**¡Señor, sálvame!**» 31 Al punto **Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dice:** «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» 32 Subieron a la barca y amainó el viento. 33 Y los que estaban en la barca se postraron ante él diciendo: «Verdaderamente eres Hijo de Dios.»

1 Reyes 19, 9.11-13: [Elías en el monte Horeb/Sinaí] 9 Allí entró en la cueva, y pasó en ella la noche. Le fue dirigida la palabra de Yahveh, que le dijo: «¿Qué haces aquí Elías?» 11 Le dijo: «Sal y ponte en el monte ante Yahveh.» Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un **huracán** tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán. Después del huracán, un **temblor de tierra**; pero no estaba Yahveh en el temblor. 12 Después del temblor, **fuego**, pero no estaba Yahveh en el fuego. Después del fuego, el susurro de **una brisa suave**. 13 Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva. Le fue dirigida una voz que le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?»

1. Dónde está presente el Señor y dónde no.

- ❖ Primera Lectura. El profeta Elías, Dios no está ni en el huracán, ni en el temblor de tierra, ni en el fuego. Sólo cuando se escucha «un susurro», como una suave brisa.

- o **1. Sólo cuando se escuchó «un susurro», como una suave brisa, supo Elías que debía cubrir su rostro, porque el Señor estaba presente**
Cfr. Hans Urs von Balthasar – Luz de la Palabra - Comentarios a las lecturas dominicales A-B-C - Ediciones Encuentro, Madrid 1994. Pág. 95 s.

En la primera lectura, Elías, en un simbolismo sumamente misterioso, es iniciado precisamente en esta fe. Se le ha ordenado aguardar en el monte la manifestación de la majestad de Dios, que va a pasar ante él. Y el profeta tendrá que experimentar que las grandes fuerzas de la naturaleza, que otrora anunciaban la presencia de Dios en el Sinaí, la misma tempestad violenta de la que los discípulos son testigos en el lago, el terremoto que en los Salmos es un signo de su proximidad, el fuego que le reveló antaño en la zarza ardiendo, son a lo sumo sus precursores, pero no su presencia misma. Sólo cuando se escuchó «un susurro», como una suave brisa, supo Elías que debía cubrir su rostro con el manto; esta suavidad inefable es como un presentimiento de la encarnación del Hijo: «No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pabito vacilante no lo apagará» (Is 42,2-3).

o **2. ¿Cómo se muestra el rostro de Dios? Es paciente, padre, maestro ...**

Cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture Anno A*, Piemme III edizione 1995, XIX Domenica pp. 226-231

- **Dios no se presenta en medio de incendios, tempestades, sino en la paz de la brisa de la tarde. Es paciente, padre, madre, esposo, guía No quema etapas, sino que espera pacientemente la gestación del hombre nuevo.**

Elías, en su itinerario para descubrir el verdadero rostro de Dios¹, estaba acostumbrado a imaginar a Dios según los esquemas “tempestuosos” y “sinaíticos”, a verlo como potencia implacable y triunfal.

En la soledad de la montaña, Elías, “profeta semejante al fuego”, busca a Dios en el viento impetuoso que azota los montes, en el fuego o en el terremoto, es decir, según esquemas personales y tradicionales.

En efecto, incendios, tempestades, trastornos telúricos y erupciones de volcanes, eran el marco popular dentro del cual se collocaban las apariciones divinas: “El Señor hará oír su voz majestuosa y mostrará el golpe de su brazo con el furor de su ira, con las llamas de fuego devorador, con truenos, tormenta y pedrisco” (Isaías 30,30). También el salmo más antiguo, el 29, tiene como coreografía la explosión de una tempestad que ciega².

Pero este Dios que ha sido soñado según la propia imagen o según las esperanzas personales, no se presenta a la cita con el hombre. Dios, en efecto, elige presentarse a Elías en la tranquilidad y en la paz de la brisa de la tarde.

Y el profeta, poniéndose un velo en el rostro, “porque nadie puede verme y seguir con vida” (Exodo 33,20)³, conoce que el Señor es sencillez, intimidad, dulzura, paciente y tierna presencia, espíritu y vida. Dios no comparte la actitud de cruzada y la impaciencia, como Cristo no acoge la indignación de los hijos de Zebedeo ante las puertas bloqueadas del pueblo samaritano: «Señor ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? Pero, volviéndose, les reprendió; y se fueron a otro pueblo» (Lucas 9, 54-55).

El Dios de la Biblia es, por el contrario, paciente, no duda definirse también padre, madre, esposo, maestro, guía; retrasa siempre el juicio porque “Él no quiere la muerte del malvado, sino que se convierta de su conducta y viva” (Ezequiel 18,23).

¹ Elías emprende el viaje hacia el monte Horeb (Sinaí) huyendo (cfr. 1 Re 19,3); teme por su vida ante las asechanzas de la Reina Jezabel, que no le perdona el hecho de que haya derrotado a los sacerdotes de Baal (Cf 1 Reyes 18, 20-40). En este viaje encuentra tantas dificultades (la sed, la inclemencia del sol en el desierto, etc.) que desea la muerte: "Basta, Señor, toma mi vida, que yo no soy mejor que mis padres". Sin embargo, el Señor lo reanima por medio de un ángel, le proporciona alimento y le responde: "Levántate y come porque el camino es superior a tus fuerzas" (1 Re 19, 1-8). Reemprendió la marcha y caminó cuarenta días con cuarenta noches hasta llegar al monte Horeb, en donde sucede un encuentro misterioso con Yahveh. La manifestación de Dios (teofanía) que presenciará Elías es diferente a la que tuvo lugar en el tiempo de Moisés, ya que esta vez no hubo truenos, relámpagos y fuego. Dios se manifestó a Elías en una brisa de la tarde, en el silencio, en la soledad de la montaña.

² Biblia de Jerusalén, Salmo 29/28: La tormenta (ver Éxodo 13, 22+ y Éxodo 19,16+), evoca el poder y la gloria divinos, que causan pavor a los enemigos de Israel y aseguran la paz al pueblo de Dios.

³ He aquí el texto en el que se explica que Moisés, cuando estaba también en el Monte Horeb para hacer la Alianza del Sinaí entre Dios y su pueblo, hizo una petición al Señor que no fue atendida (Éxodo 33, 18-23): Entonces dijo Moisés: «Déjame ver, por favor, tu gloria.» 19 El le contestó: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahveh; pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia.» 20 Y añadió: «Pero mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo.» 21 Luego dijo Yahveh: «Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. 22Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. 23 Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver.» [Nota del traductor]

Él no quema etapas sino que espera pacientemente la fatigosa gestación del hombre nuevo, invitando sus fieles a compartir los mismos sentimientos de amor y de dulzura.

o **3. Dios abandona el camino espectacular para manifestarse**

En definitiva, se puede decir que la novedad para un hombre de la antigua alianza es que Dios entra en la historia, en la vida de los hombres, no como un huracán sino como un soplo benéfico, una brisa mañanera o de la tarde, tan esperada en el caliente clima oriental. Se trata de una agradable sorpresa.

❖ En el Evangelio

o **La voz serena de Cristo y su mano: sustituyen al aullido del viento y dan seguridad y esperanza.**

Cfr. G. Ravasi o.c. p. 228

También envuelven la escena evangélica un viento borrascoso, olas impetuosas y miedos. Pero la voz serena de Cristo, en una especie de aparición pascual, sustituye el aullido del viento y el hundimiento de Pedro: «¡Animo, que soy yo; no temáis!». (...) La mano de Cristo glorioso, «Señor» del cosmos y de la historia, da seguridad e infunde esperanza y alegría en la Iglesia que se encuentra en crisis y en actitud de búsqueda, suspendida sobre el caos del mal o sobre el mar de la duda. La mano extendida hacia Pedro no es solamente su salvación sino también la nuestra.

o **El Señor llegará cuando el camino de las tinieblas está ya avanzado** ⁴.

Orígenes (185-253), uno de los primeros teólogos cristianos. Comentario a la escena del evangelio. cfr. *Ibídem*. p. 228

“Si un día nos encontramos con inevitables e implacables tentaciones, recordemos que Jesús nos ha obligado a embarcarnos y quiere que le precedamos solos hacia la rivera opuesta. Cuando, en medio de las tempestades de los sufrimientos, habremos pasado las tres cuartas partes de la noche oscura que reina en los momentos de la tentación, luchando del mejor modo posible y vigilando para evitar el naufragio de la fe, estemos seguros de que, cuando llegue el último cuarto de la noche, cuando el camino de las tinieblas estará ya avanzado y el día cercano, llegará junto a nosotros el Hijo de Dios caminando sobre las ondas, para darnos un mar benigno. Y también nosotros caminaremos con Él sobre las ondas de la tentación, del dolor y del mal”.

o **La mano tendida del Señor a San Pedro.**

Se trata de un gesto que el Señor repetirá siempre a quien se dirige a Él. La fe no ahorra pruebas, dificultades, crisis, pero el evangelista nos hace saber que «al final» Jesús vendrá, se hará ver. El camina con nosotros encima de las aguas, pero pueden percibirlo solamente los que creen.

o **La fe de Pedro**

▪ **Una fe vigorosa, unidad a la decidida voluntad de unión con Cristo.**

• Cfr. Romano Guardini, *El Señor*, Ed. Cristiandad 2ª ed. 2005, p. 250: “Cuando se da a conocer aquella figura, en la que los discípulos al principio creen ver un fantasma, cuando Jesús dice: «¡Animo, que soy yo! ¡No tengáis miedo!», cuando lo reconocen – lo que quiere decir que él se da a conocer en su poder –, entonces dice Pedro: «Señor, si eres tú, mándame acercarme a ti andando sobre el agua». ¿Qué es lo que expresan estas palabras? Un deseo de cerciorarse; y nos admiramos de la osadía de este deseo, porque si lo que había al otro lado era de verdad «un fantasma», la osadía se habría pagado con la muerte... Pero, a la vez, expresan una fe vigorosa, pues Pedro cree realmente que es «él»... Y finalmente expresan esa decidida voluntad de unión con Cristo, que no se arredra ante nada y que constituye el rasgo más profundo de la esencia del apóstol ...”

▪ **En Jesús, los discípulos sintieron muchas veces y de distintas formas la presencia misma del Dios vivo.**

⁴ La barca se ve "sacudida por las olas", expuesta a un "viento contrario"; pasado un tiempo, “en la cuarta vigilia”, hacia las 4 de la madrugada, Jesús "va hacia ellos caminando sobre el mar".

- Cfr. Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret 1*, La Esfera de los Libros, pp. 352-353: “Pedro le pide que le permita también a él andar sobre las aguas para ir a su encuentro. Como empezaba a hundirse, la mano tendida de Jesús lo salva, subiendo después los dos a la barca. En ese instante el viento se calma. Entonces ocurre lo mismo que había sucedido en la historia de la pesca milagrosa: los discípulos de la barca se postran ante Jesús, un gesto que expresa a la vez sobrecogimiento y adoración. Y reconocen: «Realmente eres el Hijo de Dios»(cfr. Mateo 14, 22-23).

La confesión de Pedro narrada en Mateo 16, 16 encuentra claramente su fundamento en esta y en otras experiencias análogas que se relatan en el Evangelio. En Jesús, los discípulos sintieron muchas veces y de distintas formas la presencia misma del Dios vivo”

o **Cómo llega el Señor**

Alain Grzybowski - *Bajo el signo de la alianza* - Narcea/Madrid 1988. Pág. 143ss

Llegas cuando quieres al interior de mi vida pero, como no te reconozco, digo: es decepcionante, es inconsecuente, es desconcertante, es consternador, es un fantasma; el sermón de mi párroco es vacío, el sacramento de la reconciliación, lo recibo sin beneficio aparente; y sin embargo tú **llegas** por ese sacramento. La vida de célibe es estéril; y sin embargo tú **llegas** a través del canal de esta vida. Mi vida de familia está desgastada por la rutina; y sin embargo llegas a través de esta fidelidad desconcertante. Mi comunidad no me dice nada; y sin embargo llegas por ella. Lo que hago en mi trabajo de nada sirve, pero tú **llegas** a través del ejercicio cotidiano de mi responsabilidad humana. **Llegas** a través de mi cónyuge: no es como yo quería pero tú vienes como quieres. **Llegas a través de mi fracaso** en esta responsabilidad, pero yo te aguardo en la fe. **Llegas** a través de mi sequedad espiritual, pero aquí tú estás en el desierto. **Llegas a través de mis dificultades sexuales**, que me preocupan demasiado, y sin embargo tú te hallas presente más allá de esas dificultades. **Llegas a través de las crisis** de mis hijos. **Llegas en la vida cotidiana** pues tú eres el Dios que se halla próximo a los hombres y que es compasivo; pero vienes cuando quieres y como quieres, pues eres un Dios por encima de todo. Si no acepto estas dos dimensiones de familiaridad y de trascendencia me niego a conocerte verdaderamente.

2. El mar en la Escritura

Cf. G. Ravasi, *Secondo le Scritture Anno A*, Piemme III edizione 1995, XIX
Domenica pp. 226-231

o **El miedo ante las grandes masas de aguas**

Israel tenía una actitud de miedo o casi pánico en relación con las grandes masas de aguas. También los cananeos, indígenas de la tierra prometida, personificaban en el mar el dios negativo Yam, en eterno conflicto con el dios benéfico y fecundador Baal. En la Biblia, junto a un deseo instintivo de agua, tan rara en una región árida y soleada, aparece un temor casi irracional hacia las “grandes aguas”, que se convierten en un signo del mal, de la nada y de lo demoníaco.

[Dado que no era un pueblo de navegadores] las aventuras marinas constituían siempre algo extraordinario, como aparece atestiguado en el célebre libro de Jonás y en el ex-voto del marinero del Salmo 107: Un viento de borrasca hizo encrespase las olas; al cielo subían, bajaban al abismo, su espíritu se hundía bajo el peso del mal; daban vuelcos, vacilaban como ebrios, no les valía de nada su pericia” (vv. 25-27).

La misma visión del mundo propia de los antiguos semitas favorecía este miedo al mar. La tierra, en efecto, era concebida como una plataforma ilimitada puesta sobre columnas que se hundían en el Abismo, lugar misterioso del océano, sede también de los infiernos.

Por tanto, la tierra se concebía como suspendida sobre la nada, sobre las aguas caóticas que Dios había bloqueado en la creación con el fin de que apareciese la tierra firme (Gen 1,9). Se tenía, por tanto, una sensación antitética: por una parte existía la seguridad de estar basados sobre la solidez de las columnas cósmicas puestas por Dios mismo en el acto de la creación; por otra parte, en cambio, existía la convicción de que esa estabilidad estaba sometida a atentados. Lo mismo vale para las «aguas superiores», las de los depósitos celestiales, cuando se desatan los huracanes o los diluvios (vid. Génesis 6-8).

▪ **Los monstruos que pueblan el mar, emblema del caos y del mal**

Resulta espontáneo, por tanto, imaginar que los mares están poblados de monstruos que intentan devorar la vida y la tierra. El más famoso de estos monstruos es Leviatán, cuyo nombre lleva a una imagen serpentina [significa “enroscarse”] y que la Biblia y los textos orientales pintan como un dragón que tiene diversas cabezas cortadas por el Dios creador: “Tú hendiste el mar con tu poder, quebraste las cabezas de monstruos marinos, machacaste las cabezas de Leviatán y las echaste como pasto a las fieras” (Salmo 74, 13-14).

Este monstruo, emblema del caos y del mal, que ha llegado a ser célebre también en la literatura moderna - la ballena blanca de Moby Dick de Melville es la encarnación de esta celebridad, y para el filósofo inglés Hobbes es el símbolo del abuso y para «El camino del peregrino ruso» es el diablo -, tiene la representación poética más fulgurante en el capítulo 41 de Job. Es inolvidable la escena en la que el monstruo, semejante a una máquina bélica terrorífica, precipita, con estilo de Miguel Ángel, en el mar con una explosión de espuma, de ondas y de maremotos.

o Pero esa carga de violencia no tiene, en la Biblia, la última palabra

Pero, para la Biblia, esta carga de violencia ciega que se anida en los pliegues del ser, no es ni autónoma ni vencedora: la última palabra no la tiene la nada sino la vida y el bien. Job 38, 8-11: “8 ¿Quién encerró el mar con doble puerta, cuando del seno materno salía borbotando; 9 cuando le puse una nube por vestido y del nubarrón hice sus pañales; 10 cuando le tracé sus linderos y coloqué puertas y cerrojos? 11 «¡Llegarás hasta aquí, no más allá - le dije -, aquí se romperá el orgullo de tus olas!»”.

Y la más grande revelación salvadora de Dios se da precisamente sobre el mar, en el éxodo de Israel de la esclavitud de Egipto: “8 Al soplo de tu ira se apiñaron las aguas, se irguieron las olas como un dique, los abismos cuajaron en el corazón del mar. 16 Pavor y espanto cayó sobre ellos. La fuerza de tu brazo los hizo enmudecer como una piedra, hasta que pasó tu pueblo, oh Yahveh, hasta pasar el pueblo que compraste (Exodo 15, 8.16)”. La palabra creadora de Cristo aplaca los vientos tempestuosos y grita al mar enfuriado: «¡Calla, enmudece!», trayendo paz y serenidad.

o Metidos en las limitaciones de la vida, debemos dirigir nuestra mirada a Cristo.

Metidos en los remolinos del mal, de los sufrimientos, de la limitación y de la muerte, debemos dirigir, como Pedro, nuestra mirada, la voz y la mano, hacia Cristo, el único que vence el mar del mal. Él nos elevará y hará que «caminemos» sobre las olas. No en vano en la Jerusalén celestial, sede del nuevo mundo y de la humanidad resucitada, el mar desaparecerá: “Vi un cielo nuevo y una nueva tierra, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya” (Apocalipsis 21,1).

www.parroquiasantamonica.com